

esa indecisión acerca del valor de lo real y, en consecuencia, sobre las posibilidades de un arte realista. Heredero él mismo de la moral racional de los krausistas, íntegro y sincero, Galdós no supo nunca mentir. Y es curioso que su aproximación final al espiritualismo —Nazarín, «Halma», etcétera—, lejos de significar un reblandecimiento de su actitud radical, coincida con su etapa biográfica más radicalizada, sociológica y políticamente hablando. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

¿Otra vez la píldora?

Parecía que el problema del control de natalidad estaba superado en la mente de muchas parejas católicas y no católicas. Tras la encíclica *Humanae Vitae*, de Pablo VI, prohibiendo todo control que no fuere el de la continencia periódica, vino la crítica explícita de los más conocidos y mejores teólogos, así como la postura hábilmente correctora de la mayoría de los episcopados mundiales, y todo ello daba la sensación de haber dejado superada la inquietud de los católicos.

Pero no parece ser así; al menos en Francia, en la tradicionalmente católica nación, a pesar de todo y pese a su aparente progresismo. Porque allí es de donde —en todos los terrenos— vienen las más comedidas voces sobre los espinosos temas del posconcilio; temas como la democratización de la Iglesia, el diálogo con el marxismo, la píldora y tantos otros que en el concepto de muchos creyentes de otras naciones, como Norteamérica, Holanda o Alemania, resultan ya de otra época, porque hoy se plantean las cosas menos superficialmente. La radicalidad creciente, en general, en el pensar de los católicos ha hecho que hoy estemos muchos en una postura algo más que posconciliar; yo diría que nuestra postura es paraconciliar y, por tanto, no nos agradan ya unos planteamientos que consideramos desfasados y todavía vigentes en el catolicismo de la vecina nación.

He pensado muchas veces —y lo he escrito— que la mentalidad francesa es muy

equilibrada. Siempre echa al 50 por 100 todos los extremos. Como le pasó a Descartes en su época, en que su filosofía no era ni del cuerpo ni del alma, sino un 50 por 100 correspondía al cuerpo y otro 50 por 100 al alma, en equilibrada mezcla.

Y lo mismo me ocurre con la lectura de dos curiosos libros editados por Herder en España. El del teólogo dominicano francés padre Henry (titulado *Las dificultades de amar*) y el del conocido neuro-psicólogo católico, también francés, doctor Chauchard (llamado *Voluntad y sexualidad*).

Ambos libros —de muy distinta factura— suponen, si se leen despacio, lo mismo el 50 por 100 de defensa de la postura práctica del Papa actual como el 50 por 100 de subterfugio para no hacer lo que él dice. Aunque —y esa es la habilidad de los católicos galos— su lectura produce la sensación de hacer una defensa casi total de la decisión pontificia a favor de la práctica de la continencia periódica. Más lo hace el seglar que el religioso, pero al final nos encontramos con el mismo equilibrio casuístico —poco más o menos— que existía antes del Concilio, porque sin decirlo se nos dan nuevas recetas para no exigir la ley eclesiástica en casos concretos.

El doctor Paul Chauchard —tan popular en los ambientes católicos medios de España por publicaciones de divulgación científica a veces un poco superficiales— mantiene la tesis de que el control de natalidad debe hacerse por el control cerebral. El hombre y la mujer deben resolver su problema de control de natalidad por el auto-dominio, utilizando los métodos del condicionamiento reflexológico de Pavlov, o los del entrenamiento psíquico preconizado por el médico y psicoterapeuta suizo doctor Vittoz. La continencia periódica la define como la única adecuada al control cerebral, que es lo propio del ser humano, más que como una regla de licitud moral.

Y el padre Henry, a vueltas de sutiles palabras, distingue entre el ideal de la práctica preconizada por la encíclica y el problema concreto del hombre pecador que

todos somos. Y, naturalmente, nos quiere convencer de que aquél —el ideal— es inalcanzable, pero todos debemos tender a él. Por eso lo usual —según ese razonamiento— será no lograrlo, pero eso no debe desanimarnos en el camino hacia el cumplimiento de la ley, que todos debemos emprender y reemprender constantemente con paciencia y sin dramas de conciencia.

Los planteamientos de los teólogos, como el germano Karl Rahner, S. J., o del flamenco padre Schillebeeckx, O. P., no son tan cautos o tan sutiles como éstos, pero son más profundos en mi opinión. Van al fondo de la cuestión. El jesuita alemán centra el problema en la seria decisión de la conciencia individual y en la obligatoriedad relativa de una encíclica, y el dominico holandés, en el concepto humano y no mecánico de los actos personales.

A estas voces se une la del delicado padre Haering, C. S. S. R., profesor en Roma, que no deja de develar, en cuanto puede, el sentido humano de la moral cristiana del amor, tan opuesto a los formalismos jurídicos usuales hasta hace poco entre los católicos, y aplica sus reflexiones a todas las cuestiones de la vida, y también

a ésta: para él, una moral que no sea humana ante lo concreto de la vida, no es cristiana, aunque esté en regla con la ley exterior. Posturas más claras y sanamente radicales las de estos tres teólogos, cuyo pensamiento podemos leer en los libros suyos recientemente traducidos a nuestro idioma.

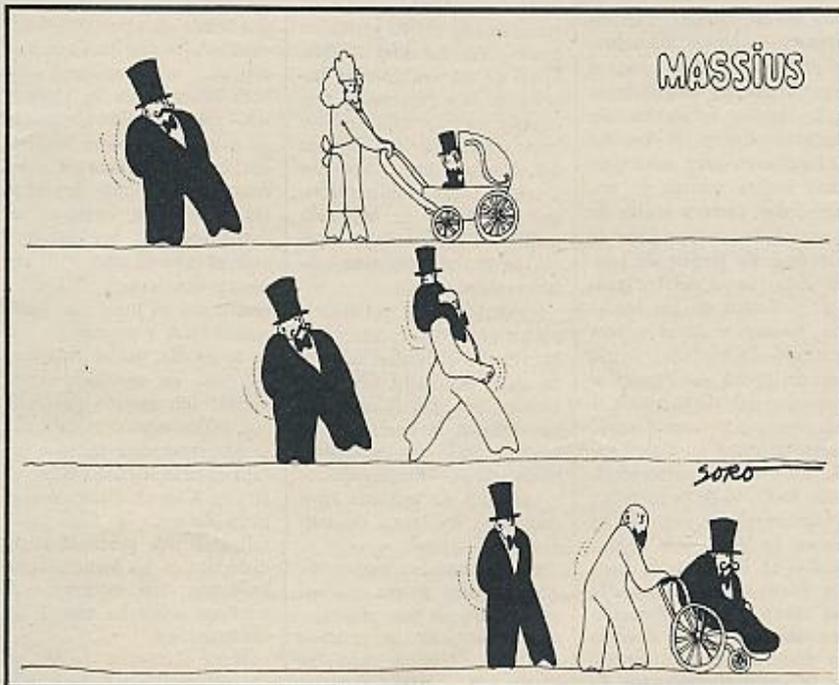
El libro de Chauchard o el del padre Henry —a pesar de todo— pueden hacer su papel en ambientes que tengan una tendencia psicológica a promediar las cosas y a no escandalizar con radicalismos, y sí a buscar salidas que nos dejen en regla con la ley. No se percatan suficientemente, con esta cauta postura, que en la doctrina católica más tradicional —la de Santo Tomás— la ley hay que interpretarla de acuerdo con la razón y con las circunstancias de cada uno, y no de modo casi automático y uniforme. Incluso crea este teólogo tradicional que había que plantearse la existencia de leyes injustas, o porque no se acoplaban al bien general, o porque no estaban fundadas en razón. Y la actual postura práctica de la Iglesia, sobre las soluciones concretas o medios para el control de natalidad, es —por su obligatoriedad formal— lo más pareci-

do a una ley eclesiástica, que unos ven razonable y otros no, y que hay quienes la ven incoherente con el bien general y quienes la aceptan de buen grado.

Lo cierto es que, a pesar de todo, Chauchard dice dos cosas muy matizadas que todo lo arreglan al final: 1) que «la encíclica está llena de bondad hacia las parejas, a condición de que éstas acepten ser débiles y pecadoras y no proclamen que el mal es bien», y 2) que «el ideal de la encíclica es para las personas normales, pero no hay personas normales, hay personas normalizables».

Lo mismo que hace el padre Henry, O. P., al terminar recordando, con ejemplos históricos, que la interpretación uniforme de muchas cuestiones morales importantes es imposible. Y que «dos seres adultos que maduran juntos su decisión y acaban con plena conciencia, buena fe y buena voluntad en un juicio en que ciertos valores reales son sacrificados en aras de otros más necesarios, constituye un acto particular que es bueno».

De todas formas, ahora que ha pasado el tiempo de la publicación de la encíclica del Papa y de las discusiones de los teólogos en torno a ella, llega la mayoría de los católicos a la serena conclu-



sión —como estos libros tan cuidadosos— de que las enseñanzas fundamentales sobre el amor, como esencia de la unión matrimonial, y del sentido humamente personal del mismo y de sus finalidades, fue el magisterio básico ejercido por Pablo VI, y que los detalles prácticos tienen un grado de obligatoriedad mucho menor de lo que a primera vista parecía, y, desde luego, requieren una matización flexible que no puede quedar en el rigor de un planteamiento formulario y rígidamente inhumano, en casos concretos, porque hay que salvar el amor y la persona humana, como aclararon los episcopados de casi todo el mundo.

■ E. M. M.

TEATRO

Otras voces

Nancy, como ya es sabido, no tendrá este año su combativo e importante festival. Supongo que las fuerzas conservadoras —incómodas por el tono de las últimas manifestaciones— habrán maniobrado por dejar a Jack Lang, el director, sin las subvenciones ni los locales habituales. No obstante, Nancy se las ha arreglado para sobrevivir como centro teatral de primer orden, tanto a través de la espaciada programación de una serie de grupos de interés como de su colaboración con el Teatro de las Naciones. Abonemos en el primer apartado la reciente actuación del Bread and Puppet, el famoso grupo de Peter Schuman, enclavado en el llamado Teatro Radical norteamericano. Al segundo pertenecería —sin perjuicio de la posterior actuación de una parte de los grupos en Nancy— la organización, en París, de acuerdo con Barrault, de una muestra del teatro de las comunidades «interiores», tan a menudo ahogadas por la imagen de la «cultura nacional». De

la misma Francia acudirán grupos representando a los bretones y a los occitanos; de los Estados Unidos y de México llegarán dos compañías chicanas —una de ellas la ya famosa de El Campesino— dedicadas a revelar los problemas, en especial los de orden socioeconómico, de la comunidad ex mejicana englobada en los estados que USA conquistó a sus vecinos. De España también se quiere que participen representantes del teatro catalán, del teatro vasco, del teatro gallego... y «Quejío», como manifestación dramática del mundo que subyace en la poética del cante. Paralelamente, habrá debates, se publicarán una serie de trabajos y se intentará, en fin, documentar la significación y situación de las distintas culturas convocadas.

Es seguro que la muestra será importante y dará pie a muchas reflexiones de orden histórico y sociopolítico. Otra vez volverán a cuestionarse las centralizaciones nacionalistas, las uniformidades culturales impuestas, en discusiones y trabajos de todos los tonos. Los espectáculos, gestados en situaciones no siempre cómodas, contarán más por su significación testimonial que por su valor acabado. Serán, en cierto modo, un elemento corrector —melancólico en algunos casos, activo y rico en otros— del habitual triunfalismo de las exaltaciones nacionales. Nos recordarán que existen otros idiomas —y cada lengua es una imagen del mundo—, otros tonos comunes, otras problemáticas, que no tienen su adecuada manifestación, su lícito espacio, en la voz de la vida contemporánea.

Inevitablemente, volverán a oponerse interpretaciones igualmente radicales, aunque de signo contrario, del «problema». Sin que falten quienes señalen la necesidad de superar los planteamientos tradicionales —decimonónicos y cargados de axiomas emocionales— en busca de nuevas conciliaciones.

Por lo demás, es seguro que determinados grupos, como es el caso de los chicanos, nos recordarán la relación que a veces existe entre los rasgos de ciertas minorías

culturales y la explotación económica de que son objeto. En los mejores casos —y ahí está el ejemplo de «Quejío»— asistiremos a espectáculos «insólitos», justamente por estar asentados en tradiciones, circunstancias y necesidades no incluidas en las «variantes» catalogadas. Más de uno de estos espectáculos se «acomodará mal» a la sala a la italiana y exigirá espacios —recordemos «Oratorio»— acordados a los que se dieron en la génesis de su lenguaje.

La iniciativa es, en el contexto de tantos festivales artificiosos y «de prestigio», una promesa que convendrá seguir con mucha atención.

■ JOSE MONLEON.

CINE

El «Umberto D» de Kurosawa

Nos llega ahora a España la obra maestra oficial del «emperador» Kurosawa. La película, «Ikiru» («Vivir») data de 1952, y hay que reconocer que veinte años pueden ser excesivos para una obra cinematográfica, sobre todo para una obra —como esta de Kurosawa— que se realizó de acuerdo a una concepción estética del cine determinada por unas circunstancias muy inmediatas. Concepción, compromiso estético-político que no tendría, al cabo de unos años, excesiva consistencia. El neorrealismo, en lugar del testimonio feroz y combativo que se pretendía, acabó transformándose en explosión sentimental (en sentido peyorativo), en introspección ternurista que, generalmente, no superaba el caso aislado e intransferible. A los clásicos neorrealistas italianos les faltó generalmente una profundización dialéctica en las historias que contaban, una interrogación continua sobre las causas de sus tragedias.

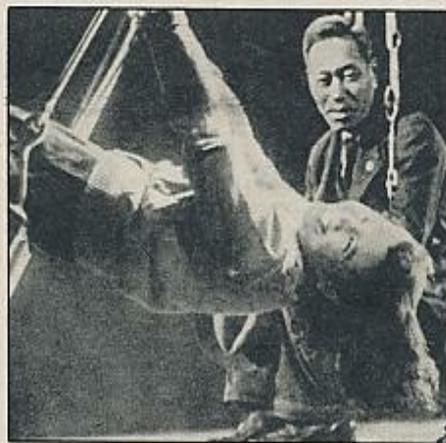
Akira Kurosawa no es un absoluto italiano. Y en su con-

cepción del cine casi podría decirse que es anti-italiano, en el sentido de que estructura sus películas prescindiendo de la clásica división presentación-nudo-desenlace, propia de la época, para crear una sucesión de nudos diferentes, de escenas o situaciones casi aisladas que, en un montaje posterior y personal del espectador, adquirirán su pleno sentido. Así, en «Ikiru», las tres partes de la película no tienen entre sí la menor relación aparente (si por supuesto una continuidad, pero en cada una de las partes el conflicto-base varía, aunque se mantenga el nudo argumental) y cada una de ellas obtiene su pleno sentido al contemplarlas conjuntamente, al margen de la proyección.

Este planteamiento teórico de cómo estructurar una película, no sólo está alejado del neorrealismo sino que, acercaría el cine de Kurosawa, en caso de que éste lo llevara hasta el final, a los presupues-

personaje central, el anciano condenado a muerte, se transforma no sólo en protagonista objetivo de la historia, sino en protagonista subjetivo, es decir, en el personaje con el que deben confundirse los sentimientos de compasión e identificación del espectador. Si ello no ocurre así, la minuciosa descripción de los estados de ánimo, el inacabable mundo cerrado del protagonista, pueden resultar irrisorios, por lo tanto inútiles. Creada la identificación, es fácil determinar quiénes son los buenos y quiénes los malos según la visión del mundo que tiene Kurosawa. No creada esa identificación, el planteamiento puede resultar maniqueo, se hace patente que Kurosawa no ha llevado muy lejos su análisis de las causas que determinan la soledad que describe, de las estructuras sociales que condicionan la inutilidad de la vejez (1).

La paradoja de su película se encuentra en esa estructu-



tos de Brecht. Sin embargo, la relación de «Ikiru» con el cine neorrealista es, a la hora de enjuiciar su obra, más que notable. La película, nace de un sentimiento —la tristeza y la soledad en la vejez— y se mantiene sostenida por la descripción continua de ese sentimiento. (Citar la similitud de «Ikiru» con el «Umberto D», de Vittorio De Sica es inevitable). Por lo tanto, el

ración deliberadamente distanciadora y en el tratamiento de la historia, intimista, blando y, en definitiva, superficial. A esto último colabora notablemente el método interpretativo de los actores japoneses que intervienen en la película. El famoso Takashi Shimura cae repetidamente en tics «teatrales» y facilones que, en 1972, convencen con dificultad al espectador.